

# ESTÉTICA Y LITERATURA

## El trompo en la uña. Creencias y descreencias textuales

Jorge Eliécer Ordóñez Muñoz\*

### RESUMEN

Se trata de un texto que recupera la arqueología de la lectura y la escritura a nivel personal, al igual que el papel del maestro, como mediador u obstáculo en ese lento proceso de darle significado y sentidos a los signos verbales y no verbales. Ese viaje, sirve de pretexto para reflexionar sobre el lugar que ocupan las disciplinas encargadas de la interpretación textual: lingüística, semiótica, estética de la recepción, crítica literaria, y su relación con las obras concretas y el receptor de sus mensajes plurisignificativos.

**Palabras clave:** texto, lectura, escritura, semiótica, comics, interpretación.

### Spinning a top on your finger nail: textual beliefs and non beliefs

#### ABSTRACT

It is about a text that recovers the archaeology of reading and writing at the personal level as well as the role of the teacher as a mediator or obstacle in the slow process of making sense out of the verbal and non verbal signs. This journey is an excuse to reflect on the disciplines dealing with textual interpretation: linguistics, semiotics, aesthetics of the reception, literary criticism, and its relation with concrete works and the receptor of its multimeaningful messages.

**Keywords:** Reading, writing, semiotics, comics, interpretation.

---

\* Profesor de Literatura. Escuela de Idiomas. UPTC.  
Fecha de recepción: abril 8 de 2005.  
Fecha de aprobación: abril 18 de 2005.

Si hemos de partir de un problema, como se estila en el presente, pienso en una especie de queja, frase común o lánguido meaculpa: *los estudiantes de ahora no leen, ni escriben*. Pero para ser sincero, ésta frase la vengo escuchando en mis 43 años de uso de razón, que a veces pienso, si en efecto es de razón o de sinrazón, sobre todo cuando evoco a Goya: "la razón produce monstruos". Igual pasa con otra serie de frases, géneros discursivos, dice Mijail Bajtin, que se van fosilizando en el inconsciente colectivo, con el peligro de volverse axiomas: *la vida está muy dura, mañana será otro día, qué navidad tan fría, qué gobierno tan malo, la esperanza es lo último que se pierde, si Dios nos da vida y salud, el mundo se va a acabar, deme otro placito, no vuelvo a beber, no fue intencional, no es nada personal, no le pasan los años, los estudiantes de ahora no leen, ni escriben, todo tiempo pasado fue mejor*. Gran falacia: a mis diez años, límite que he puesto entre mis dos usos de razón y sinrazón, yo leía los siguientes textos, seguramente inteligentes, seguramente con múltiples implicaciones lingüísticas y semióticas: Educando a Papá (es decir, Pancho y Ramon ), Lorenzo y Pepita, Benitín y Eneas, Tarzán, El Fantasma, Roldán el Temerario, Periquita, La Pequeña Lulú, Mandrake, Dick Tracy. En todos ellos estaba presente *la Narratividad (Eco-Greimas)* y como las entregas eran de Domingo a Domingo, el gozoso y supermotivado niño-lector poseía desde entonces los dos soportes de la estética de la recepción: horizontes de expectativas y horizontes de experiencias. En las primeras surgían las preguntas perturbadoras que se debatían con los otros chamanes de la tribu, es decir, de la gallada: ¿morirá el Fantasma Nº 73 ?, ¿por qué Tobita se parece más a Benitín que a su padre Eneas?, ¿por qué Ramona siempre está histérica y amenaza a Pancho con el rodillo de estirar la harina?, ¿por qué la familia de Lorenzo y Pepita se apellida Parachoques?, ¿algún día nos comunicaremos con reloj-pulsera como Dick Tracy?, ¿cuándo se casarán por fin Narda y Mandrake?. Agrego que a Carlitos, lo miraba apenas porque me parecía aburrido, forma

simplista de decir, difícil. Acháquese mi limitante a la falta de Enciclopedia (Eco), a mi escasa erudición para entender problemas planteados por la parábola y la parodia (Greimas, Bajtin). Esas y otras inquietudes se resolvían en conciliábulo espontáneos, en los intervalos de los infinitos fútbolitos, otro texto singular, en el que por ahora no voy a detenerme. De las expectativas se pasaba a las experiencias. Igual se leían las páginas deportivas, ojalá con fotografías de voladas, taquitos y chilenas, los anuncios de cine, y con cierta mezcla de horror y morbosa curiosidad, las páginas judiciales, en las que los mismos matones de siempre estaban a la orden del día. En este tema me niego a detenerme por considerar a la violencia como el discurso más gastado y redundante de la humanidad. Quizás, me baste con evocar a Borges, en su Informe de Brodie: "la falta de imaginación los mueve a ser crueles".

Primera acotación para tratar de bailar este trompo en la uña: existe una lectura espontánea, casera, callejera, amiguista, libre, gozosa, lingüística, estética, semiótica, con los textos más cercanos a la mano; en las peluquerías, en los consultorios con olor glacial, en las dentisterías, y en mi época - al azar, muchas gracias- a la entrada de los teatros, antes del matiné, donde uno cambiaba cuentos, alquilaba cuentos, es decir, aplicaba el trueque y la compraventa, en la más productiva, aventurera, venturosa e inocente lectura que jamás realicé. Estoy seguro que detrás de mucho intelectual, grave y posudo, se esconde una historia parecida que quizás no se atreve a contar por afectado pudor. Se necesitó mucho tiempo para rescatar de mis memorias cifradas a ese lector Cómplice que reclama Cortázar, o ese Archilector de Riffaterre o el Lector Modelo de Umberto Eco, o el lector ideal de Gerald Prince.

Así de simple, leía, leíamos, mis coetáneos y yo, con la pasión de los que nada esperan, sin disciplina, ni desorden, en palabras del cura-poeta Ernesto

Cardenal. Años después, mi maestro Estanislao Zuleta, me dijo en un texto inteligente que "leer es trabajar", por lo cual nosotros seríamos entonces la flor del trabajo. Hoy por hoy esa lectura maravillosa de signos, iconos y símbolos (Peirce), ha expandido sus fronteras. Recomiendo desde la Poesía y desde la Pedagogía, actos de habla y de imagen, tan singulares y plurisignificativos, como Calvin y Hobes, Olafo el Amargado, A Bordo, Justo y Franco, Mafalda, y por supuesto, Carlitos, que apenas ahora, tras múltiples intentos, empiezo a entender, o por lo menos, a tratar de entender. Ciertas dificultades estéticas vuelven tentador un objeto.

P.D. Nº 1: olvidé, no ex profeso, la deuda con los western: Opalongo Casidy, Roy Rogers, El Llanero Solitario, El Zorro y la porción mexicana, en tomos color sepia: Santo, el Enmascarado de Plata, Chanoc, especie de Tarzán latino, con su inefable actor-actante-ayudante Tsekub Valoyán, y Arandú, el príncipe de la selva. Créame, así no diga, **en serio**, que es una forma de falsear lo que se dice. Y por si faltaran pruebas, en esta mi irrestricta defensa de los comics, como textos precursores en nuestra lectura del mundo y generación de sentidos, he aquí mi homenaje poético, hermenéutico, psico y sociocrítico, es decir, la arqueología textual de muchas generaciones a la redonda:

## FÁBULAS

Calle de polvo, sin jardines,  
en esta ciudad del oeste  
*donde cantan los gallos*  
*entre las ruinas ferroviarias.*

En un ámbito del espíritu está el teatro  
danza del tiempo en los carteles  
donde sonríen las sílfides de ayer.

Nadie supo jamás en qué momento  
de la noche despiadada  
el viejo alquilador de cuentos  
armaba su estante de colores.

Antes del matiné salíamos de todas partes  
la mañana de sol se llenaba de héroes  
tarzán lanzaba un grito  
y los animales acudían con mansedumbre.

A veces llovía y se mojaban las aventuras  
pero casi siempre el verano  
pintaba las casas con brocha gorda.

Preludio de cine en las esquinas  
olor a maní, besitos y días perdidos  
en la jungla de la memoria.

Toda la magia y las primeras lágrimas  
cayeron como cierzo en un bosque de margaritas  
vírgenes  
de allí a la vida, aprendiendo a deletrear  
los signos oscuros de la tarde.

Cuando Jorge Luis Borges, en su lúcido y premonitorio texto *Pierre Menard, autor del Quijote*, nos pone en el péndulo de si todas las épocas son iguales, o todas son diferentes, pienso que en esencia, es lo primero. He de decir que la academia convencional - la bancaria, la que está a un gemo del malestar de la cultura (la que confunde rigor con neurosis o histeria colectiva), desconoce la Base Noética (Mukarowski), es decir, ese saber espontáneo, desinteresado y, por lo tanto, firme y pasional, que encierran esos primeros y balbucientes asedios textuales. Es que en los comics uno aprendió a futuro, conceptos tan importantes como las Onomatopeyas, los pensamientos de los personajes (que venían en los globitos con círculos), los diálogos, el lenguaje gestual, la proxemia y la kinesia, las matrices actanciales (siempre había un sujeto en pos de un objeto, con bellacos que se oponían y otros que ayudaban al héroe, con el arbitrio

de un destinador y la recepción de un destinatario), como quien dice, Vladimir Propp, Tesniere y Greimas, ya estaban en ciernes; lo otro, fue bautizar con términos exóticos, lo que ya habíamos leído, pero ante todo, vivido. Incluyamos otras bondades textuales como los subcódigos del color, los valores estéticos y extraestéticos (históricos, geográficos, culturales, morales), en un mosaico amplísimo que en últimas planteaba lo mismo que la literatura canónica (seria, importante, a veces, ladrilluda, y sobre todo, impuesta desde afuera por un extraño cóncave: Ministerio-Texto escolar- Maestro): el estudio de la condición humana, con sus manifestaciones universales: amor, odio, celos, venganza, poder, engaño, astucia, estrategias, viajes, aventuras, y por sobre todo, eso que tanto trasnochó a Mijail Bajtin, en sus inviernos esteparios: el humor y la parodia, el dialogismo, que ya desde los intercambios socráticos, la sátira menipea y la carnalización en las artes, le hacían guiños dubitativos al discurso monológico de los géneros serios y altos: la epopeya y la tragedia.

Mi deuda de gratitud a los comics, de donde saltamos a las novelas de vaqueros (el inolvidable Estefanía) y a las modernas intrigas del agente 007 (ya en el tiempo triste de la adolescencia), no pretende minimizar, ni descalificar a la "Gran Literatura"; por el contrario, si ésta supiera cuanto bien le hizo la espuria, la descastada, la humilde y clandestina "subliteratura" que circulaba por debajo del pupitre, en una especie de resistencia por perpetuarse, como en la fábula Fahrenheit 451 de Bradbury, otro gallo hubiese cantado a las generaciones siguientes. Corolario: ¿a qué satanizar lo que se convirtió en una de las formas de la felicidad? Que conste, eso dice Borges de la Literatura, con mayúscula, yo me lo apropio para la literatura con minúscula.

Del señuelo de las primeras fábulas se pudo saltar sin mayores pretensiones, ni esfuerzos, a los cuentos de Las Mil y una noches, El Decamerón, los Viajes

de Gulliver, uno que otro Vargas Vila, El Principito, El Viejo y el Mar, Los cuentos de la Selva, Horacio Quiroga. La trampa había sido un éxito: comics, cine de barrio, fútbolito callejero, aventura de bosque y río: literatura hecha a la medida de nuestros sueños y nuestros primeros afectos. Leer es trabajar, es gozar, es enamorarse. Las muchachas que valían la pena nos instaban a leer y a escribir. Había que ser un hombre diferente en vez de un chico plástico. Quizás éramos románticos, claro, veníamos de Bécquer, de Rubén Darío, de García Lorca. Veníamos de la radio, de Pelé y de Mohamed Alí, de Marilyn Monroe y Sophia Loren; por eso anclamos en Neruda, porque él adivinaba lo que hubiéramos querido decir en el amor y en el fracaso:

Ya no la quiero es cierto, pero tal vez la quiero.

Yo la quise y a veces, ella también me quiso.

Los más jóvenes, quizás menos trascendentes y más audaces, anclaron en Benedetti:

Mi táctica es quererte

P.D. Nº 2: no quiero olvidar ex profeso el aporte de Serrat, Piero, Mercedes Sosa, Richie Rey, Charles Aznavour, Los Beatles, en nuestras creencias textuales. Los más jóvenes navegaron en Silvio Rodríguez y Pablo Milanés. Escuchar también es leer, máxime cuando no es simple oído, sino palabra en situación. La frase es de Jorge Gaitán Durán, otro culpable del Palimpsesto que hoy evoco. Él y su grupo Mito, del que se han desprendido magníficos frutos, nos enseñó, nos enseñaron, que la lectura y la escritura son actos estéticos, pero ante todo, éticos, de una parte, y de otra, que se puede realizar una revolución silenciosa y sustancial, congregando hombres, ideas y circunstancias, para intentar una sociedad más justa y mejor, realizada en el espíritu y en la inteligencia.

Para soslayar la mirada evocadora, quiero referirme a un problema actual, que empecé a vislumbrar a mediados de la década del 70, cuando empezaba mi labor docente, y que hoy por hoy, con ligeros matices, veo que se torna tan complejo como entonces: el tópico de fondo es el mismo: *lugar del texto en el aula y herramientas epistemológicas para hacerlo más rentable y gratificante, en esa transacción simbólica que se opera, tanto en la triple intencionalidad textual: emisor-obra-receptor (Eco), como en esa otra transacción simbólica mediada por el poder: profesor-asignatura-estudiante.*

Luego de intentar varios modelos para orientar los cursos de lengua materna y su apéndice, la literatura, las cosas no cambiaron en esencia. Tales modelos, que en su momento mezclaron la gramática normativa, nociones de lingüística estructural, pasando por esa especie de moda que trajeron consigo los diagramas arbóreos de cuño generativo transformacional, hasta desembocar en el enfoque semántico-comunicativo de inspiración baeneana y en las gramáticas textuales, por el lado de la lengua como código y sistema de signos, y de la Semiótica, por el lado literario, no proyectaron en nuestro medio -enfoques y modelos- un balance halagador. La gente se embarcó en los textos a pesar de los modelos, creando de nuevo una especie de brecha entre el saber académico, riguroso, acartonado y con escasos dividendos y una praxis, más suelta, espontánea y generosa. Nació el síndrome del bibliófago. Al respecto dice el eminente semiólogo José Pascual Buxó, director del Seminario Poético del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM en México:

*"Nadie podría negar el benéfico influjo que tanto la lingüística estructural primero, como las diferentes tendencias de la semiótica general, después, han ejercido en los estudios literarios de nuestros días; pero tampoco podría ocultarse el dilatado abuso*

*de que ha sido objeto la terminología lingüística o semiótica, al grado de que las nociones fundamentales de estas disciplinas puedan haberse visto reducidas a una cháchara ininteligible por cuyo medio, si algo logra expresarse, es su propia condición de habla mimética y fingidora". (Buxó, 1997: 9).*

Por lo menos el profesor Buxó habla de benéfico influjo, en cambio la académica española Helena Usandizaga va más lejos:

*"Las relaciones entre las teorías lingüísticas y literarias y la práctica docente muestran un grado de fracaso que no deja de sorprender a esos optimistas incurables que llamamos profesores. El problema de estas alianzas fugaces radica probablemente en unas expectativas demasiado altas en cuanto a la utilidad directa de ciertas metodologías en la clase de Lengua y Literatura" (Usandizaga, 1994: 69).*

Mi experiencia como profesor, por casi tres décadas, tanto en la educación media, como en la universitaria, me ponen de manifiesto que los argumentos de los dos académicos citados, van por líneas similares. Quizás la buena intención de estar al día en los saberes referidos a la lengua y sus manifestaciones estéticas, han confundido los objetos de estudio en cada caso, creando en los estudiantes una especie de Torre de Babel, en la que las especulaciones terminológicas, de nunca acabar, han usurpado el lugar que merecen los textos, quiero decir, las obras concretas de los escritores. Dicho en paráfrasis, suele suceder que los marcos teórico-conceptuales sirven de pretexto al texto: los modelos: hermenéutico, semiótico, estructuralista genético, sociocrítico, deconstructivista... son más importantes que "Yo, El Supremo" o "La Muerte de Artemio Cruz". Se crea una ilusión de lectura, una erudición caótica en la que se hacen sombra el sujeto y los objetos de estudio. La resultante: el fusilamiento sin anestesia del discurso

ajeno y la incapacidad creadora en el analista, que hoy, con el acceso a la Internet, tiene más fuentes de enriquecimiento intelectual ilícito.

¿Cómo encontrar entonces el hilo de Ariadna para no perdernos en el laberinto de los signos y su apropiación en el cotidiano discurso pedagógico? Propongo examinar algunos enfoques y tendencias para encontrar un justo equilibrio entre la enseñabilidad y la receptividad de los conceptos que han de propiciarnos el cierre de la brecha planteada.

En primer lugar, aparecen las dos semióticas, la de Pierce y la de Ferdinand de Saussure, en sus concepciones sobre referente, contexto o realidad extralingüística. Para Pierce y sus seguidores, abonados a la que se denomina la escuela americana, el signo es algo de lo que se parte y que se define por su relación con un interlocutor y un referente. En esta perspectiva la semiótica se pensaría como una teoría de los signos que designan, que representan algo para alguien y proyectaría sus lazos hacia la teoría de los actos de habla y luego a la pragmática.

P.D. Nº 3: al respecto cabe hacer algunas preguntas perturbadoras: ¿cómo es nuestra prehistoria y nuestra historia signica? Los signos se encarnan o se repelen en el tópico del Locus-Amoenus. ¿Cómo funciona nuestro palimpsesto de signos iniciáticos?, ¿ha existido interlocución válida en nuestro intercambio signico con los textos y con los maestros?, ¿cuál es el referente de un cuento o de un poema, o crea la literatura su propio referente?, ¿podrían considerarse los mitos, los cuentos, los poemas, las novelas, los graffitis, actos de habla? Discusiones que articulen la teoría de los signos con las obras concretas, podrían ser gratificantes en el seno académico, pero con una condición: que los árboles no nos tapen el bosque, es decir, que los metadiscursos no ocupen el lugar de las creaciones primigenias.

De Saussure, que ya había anunciado una ciencia que diera cuenta de todos los sistemas signicos, verbales y no verbales, en su Curso de Lingüística General, y sus seguidores Hemslev y Benveniste, que configurarían la Escuela Europea, tienen frente al signo otras concepciones. El signo como entidad no tiene interés; a De Saussure le interesa el concepto de sistema, las relaciones entre los elementos y no los elementos en sí mismos. El signo es una relación entre significantes y significados. Un signo no está llamado a representar un objeto, sino que signifiante y significado están unidos, como el as y el envés de una hoja. Los elementos se definen no por lo que designan, sino por su posición en un sistema, por el valor que adquieren en relación con otros elementos del sistema. Las convenciones y las reglas que regulan los signos son de índole social. Arbitrariedad inicial y convencionalidad en el uso (habla) son los soportes de este enfoque. La Sincronía y la Diacronía, son estados temporales de la lengua, la primera en un momento, la segunda, a través de los tiempos. La literatura es un fósil vivo y permeable a los dos conceptos. El Poema del Mío Cid, las jarchas y las cantigas de amigo, El libro del buen amor y el del mal amor, La Celestina y su amigo Alonso Quijano, el Bueno, más conocido como Don Quijote, van mostrando el tránsito desde el latín, pasando por el romance, hasta la lengua de Castilla. El diálogo entre la Lingüística y la Literatura se torna imprescindible. Por esta línea se desemboca en la semiótica francesa derivada de la Narratología, y en especial la teoría de A.J. Greimas, pensada como una teoría general de la significación. Sus matrices actanciales, puente entre Propp y Tesnière, pueden ser útiles si se despojan de su mera aplicación esquemática y se les permite fluir en los juegos del lenguaje narrativo. Siempre le pregunto a mis estudiantes: ¿y cuál es el sentido de buscarle las matrices actanciales a “El Ahogado más hermoso del mundo” o a “La noche de los feos”? ¿sabemos más del texto después de esta operación quirúrgica, se enriquece la significación, nos arroja más pistas interpretativas, o simplemente nos devolvemos al

esquematismo, forzamos el modelo para que se cumpla en el texto concreto y quedamos al final con el sabor agrisulce de "leer" sin haber leído, sin haber llegado a la médula del texto, a sus implicaciones existenciales, a sus múltiples conflictos, a su fluir socio y psicológico?

Hay que tener cuidado con cierta "cientificación" en abstracto de las disciplinas ocupadas de la interpretación literaria. Bajtin, en su *Epistemología de las Ciencias Humanas*, señala que tradicionalmente ha existido una especie de complejo de inferioridad de estas frente a las ciencias naturales, lo que las ha obligado, en ocasiones, a asumir préstamos, actitudes y modelos que al serle espurios, las colocan en una encrucijada sin salida. La literatura es ante todo un arte del lenguaje y como tal no se deja encasillar en modelos, pretendidamente científicos, que a la postre confunden al receptor. La ciencia busca verdades universales, es decir, constantes, en cambio el arte juega en principio con la entropía, es decir, la desviación de la norma, la introducción de módulos de desorden en el orden cifrado en los códigos. ¿Cómo pedirle a la sintaxis y a la semántica convencionales la interpretación científica y coherente de actos de habla como: "Un niño me ha mirado hondamente con su boca", "el tiempo le tiene un miedo ciempiés a los relojes", "verdes ideas incoloras duermen furiosamente en la mente de Dios", "ahora quiero acordarme del porvenir". Podemos acudir a los conceptos de Gramaticalidad, agramaticalidad, aceptabilidad e inaceptabilidad del generativismo, a la función poética del lenguaje explicada por Jakobson, al extrañamiento y la literariedad de los formalistas rusos, al *Focus* de la textolingüística, para concluir que hay usos lingüísticos que se saltan la barda de la lógica ortodoxa y se instalan en la lógica paradójica. Surge entonces la pregunta perturbadora: ¿Cuál sería el límite entre la entropía y el disparate, es decir, entre la audacia con el lenguaje y el galimatías sin pies ni cabeza: he ahí un tema magnífico para las

clases de lengua materna. Por ahora cometamos de unos y otros:

Magnolia, hermana de los dinosaurios, llévale saludos a los muertos.

Te veías hermosa, a pesar de las medias vino tinto y el incendio de Roma.

Era jueves y sin embargo llovía.

La ostra de Senegal comerá el pan tricolor.

Juan toca la flauta y canta madrigales. ¿Qué canta Juan y toca la flauta?

¿Qué toca Juan y canta madrigales ?

Una bandada de piedras despajara las cúpulas.

Cómo corregirle la plana al profesor Julio Cortázar - lo fue en Argentina, de muchacho- cuando escribe en su lúdica y lúcida Rayuela:

*Apenas él le amalaba el noema, a ella se le agolpaba el clémiso y caían en hidromurias, en salvajes ambonios, en sustalos exasperantes. Cada vez que él procuraba relamar sus incopelusas, se enredaba en un grimado quejumbroso y tenía que envulsionarse de cara al nóvalo, sintiendo como poco a poco las arnillas se espejunaban, se iban apeltronando, reduplicando, hasta quedar tendido como el trimalciato de ergomanina al que se le han dejado caer unas filulas de cariaconcia.* (La pantalla del computador es una línea roja y ondulada, quiero decir, se queda corto, frente a eso que Noam Chomsky llamó en su Llingüística Cartesiana: el uso creador del lenguaje, límite definitivo entre el hombre y el animal o el autómatas).

P.D. Nº 4: olvidaba decir, no ex profeso, que dedico estas reflexiones en torno a la lectura y la escritura, a

mi maestro de primeras letras don Marco Fidel Suárez, quien me enseñó que el lenguaje es una fiesta, allá en la vieja escuelita República de Colombia, del barrio Villa Colombia de Santiago de Cali, el mismo de Tito Cortés y Pintuco Aguirre, y al profesor Jesús Bolívar Vidal, maestro de Castellano, en el viejo Liceo, el mismo de Pepón, Tuto González y José Manuel Arango. Este demiurgo nos embarcó en el fabuloso laberinto de los libros, con un método que resulta infalible: el de la pasión.

En este apartado de mis creencias y descreencias textuales, ya con media danza del trompo en la uña, quiero referirme a las críticas fecundas e infecundas que se generan en el complejo periplo con la lengua materna, pleno de vicisitudes y algunas gratificaciones:

1. Un poeta, ensayista, conferencista y profesor universitario, de cuyo nombre si quiero acordarme, pero que evito pronunciar en voz alta, me confió esta maravillosa historia. Hacía su primer grado de escuela elemental y la primera prueba de castellano decía así: al frente de cada palabra escriba lo contrario:

Casa= saca

Pelota= talope

Zapato= topaza

Zorra= razo

Árbol= lobrá

La maestra, alarmada por el "pobre" desempeño de su alumno, mandó a llamar a los padres y hermanos mayores del futuro poeta y su diagnóstico fue desconsolador: "este niño tiene problemas serios con el lenguaje. No va llegar muy lejos". Sobra decir que la maestra se dejó llevar por su buena voluntad, pero lo cierto es que le faltaba mucha sal en la mollera. Casos, más o menos similares, acaecen de continuo.

2. Como estamos en el año nerudiano (Parral, Chile, 12 de julio de 1904) no puedo evitar la tentación y citar la anécdota que el poeta narra sobre lo que fue el destino de su primer poema y la distraída crítica literaria que recibió de su padre:

Qué soledad la de un pequeño niño poeta, vestido de negro, en la frontera espaciosa y terrible. La vida y los libros poco a poco me van dejando entrever misterios abrumadores.

No puedo olvidarme de lo que leí anoche: la fruta del pan salvó a Sandokán y a sus compañeros en una lejana Malasia.

No me gustó Búfalo Bill porque mata a los indios. Pero qué buen corredor de caballo! Qué hermosas las praderas y las tiendas cónicas de los pieles rojas!

Muchas veces me he preguntado cuándo escribí mi primer poema, cuándo nació en mí la poesía.

Trataré de recordarlo. Muy atrás en mi infancia y habiendo apenas aprendido a escribir, sentí una vez una intensa emoción y tracé unas cuantas palabras semirrimadas, pero extrañas a mí, diferentes del lenguaje diario. Las puse en limpio en un papel, preso de una ansiedad profunda, de un sentimiento hasta entonces desconocido, especie de angustia y de tristeza. Era un poema dedicado a mi madre, es decir a la que conocí como tal, a la angelical madrastra cuya suave sombra protegió toda mi infancia. Completamente incapaz de juzgar mi primera producción, se las llevé a mis padres. Ellos estaban en el comedor, sumergidos en una de esas conversaciones en voz baja que dividen más que un río el mundo de los niños y los adultos. Les alargué el papel con las líneas, tembloroso aún con la primera visita de la inspiración. Mi padre, distraídamente, lo tomó en sus manos, distraídamente lo leyó, distraídamente me lo

devolvió, diciéndome:

- De dónde lo copiaste?

Y siguió conversando en voz baja con mi madre de sus importantes y remotos asuntos.

Me parece recordar que así nació mi primer poema y que así recibí la primera muestra distraída de la crítica literaria.

Mientras tanto avanzaba en el mundo del conocimiento, en el desordenado río de los libros como un navegante solitario. Mi avidez de lectura no descansaba de día ni de noche. En la costa, en el pequeño puerto Saavedra encontré una biblioteca municipal y un viejo poeta, don Augusto Winter, que se admiraba de mi voracidad literaria: ¿Ya los leyó?, me decía, pasándome un nuevo Vargas Vila, un Ibsen, un Rocambole. Como un avestruz, yo tragaba sin discriminar.

3. Se cuenta que ante el poeta Rilke llegó una vez un aprendiz de escritor, a que el poeta le diera un consejo para cumplir su objetivo. Aléjese un tiempo, no lea, no escriba, vuelva después de eso, le dijo el maestro. El joven se presentó a los meses y le dijo, he seguido sus palabras al pie de la letra, no he escrito nada. Siento decirle que usted jamás será escritor, respondió Rilke, lacónicamente.

4. Jesús Bolívar Vidal nos decía: lea, escriba, lea, escriba. Nos prestaba sus libros. Teníamos un cuaderno exclusivo para escribir. Nos organizaba centros literarios, con rigor y con humor. Decía ¡extraordinario!, ¡maravilloso! Siga escribiendo. Nos explicaba la concordancia. Éramos sujetos y predicados de una lengua viva, palpitante, risueña. Nos hacía dar hambre de palabra, no era mezquino en el elogio. Ejercitaba el arte de la crítica, no la distraída, la otra, la amorosa, la pedagógica con mayúscula. Entendía y nos hacía entender que la

gramática era una herramienta de primer orden para leer y escribir bien, no para torturar a los incipientes escritores con clasificaciones y taxonomías inicuas e inocuas. Nunca nos hizo falta saber qué era el pluscuamperfecto o el modo subjuntivo, pero estoy seguro que los usamos correctamente en nuestra práctica cotidiana. Nos decía, muchachos, la gramática y la ortografía están en los manuales, en cambio para el talento y la imaginación no hay vitaminas, ni inyecciones. Años después, en la maestría de Lingüística en la Universidad del Valle, el maestro Luis Angel Baena, brillante exalumno upetecista, nos decía que más que un instructor, el maestro de lengua debía ser un instigador, esto es un provocador. Yo sentía en mis adentros que hablaba del profesor Vidal. Claro, la poesía es un arma cargada de futuro, nos expresó Gabriel Celaya, y cuando un maestro como Bolívar Vidal, lanzaba sus vilanos al aire, intuía que muchas briznas, algunas briznas caerían en tierra fértil. Su acompañamiento, sus carcajadas, sus adjetivos, sus textos sabiamente escogidos, se convirtieron en una cantera para toda la vida.

P.D. Nº 5: de estas cuatro historias mínimas se colige que se lee y se escribe desde el deseo, desde la piel, desde la pasión. Hay factores que crean la mano represora, pero hay otros hallazgos y circunstancias felices, que instauran la mano escritora, la que fluye, la que se suelta en el bosque de los signos. La metateoría, lingüística y literaria, no debe ser un obstáculo epistemológico para los lectores y escritores incipientes; todo lo contrario, el maestro debe seleccionar y presentar aquellas herramientas metodológicas que coadyuven a una lectura y escritura que vaya a la altura de los tiempos. Por ejemplo, para un narrador que se inicia, no es dañino que conozca las diversas voces que puede asumir un relato: intra, extra, homo, heterodiegético, y sus diversas combinaciones, tampoco le viene mal manejar las múltiples coordenadas temporales, las secuencias, la focalización; que lo asimile, que lo palpe en narrativas

concretas, que lo use en sus propios ejercicios escriturales. Es cuestión de ser oportunos, intuitivos, árbitros del afecto y del efecto, en lugar de jueces implacables o críticos distraídos.

Se escuchan en los pasillos, en las cafeterías, en el campus universitario, frases de ingrata recordación, frases que legitiman la mano represora, que al final, se vuelve represiva: yo escribía en el bachillerato, hasta que llegué a la universidad. Usted cree que con cuenticos y poemitas se va a ganar la vida. Si sigue con esas bobadas va a terminar de hipie, vendiendo poemitas en los buses. Escoja una carrera que le de plata y prestigio, no ve que los artistas se mueren de hambre en este país. A mi me gustaba escribir en primaria, pero un maestro/maestra me devolvía la hoja llena de tachones y correcciones en rojo; esto me hizo creer que era muy bruto y hasta allí llego mi escritura. Yo escribía bien, pero siempre perdía español por mi mala ortografía, así que desistí de hacerlo. Se instaura allí una lucha simbólica entre la mano escritora y la mano represora. El poeta de la primera historia, el Neruda minimizado por la crítica distraída, los escritores de mi generación, instigados por maestros prometéticos como Bolívar Vidal, simplemente escribieron contra viento y marea, a pesar de los códigos restrictivos, a pesar de las buenas intenciones de maestros equivocados, porque insisto, se escribe desde el deseo, desde la subversión a diversos códigos: escolar, familiar, lingüístico, social, pragmático, esto lo supieron en su momento Sade, Kafka, Nazim Hikmet, Henry Miller, Sor Juana Inés de la Cruz. De igual forma, se lee, a pesar de las cédulas reales que prohibían a los indígenas los libros de ficción, porque los hacía pensar y esto era peligroso para la corona española, se lee en aquel país totalitario que profetizó Ray Bradbury en su Fahrenheit 451, donde la resistencia convirtió a cada hombre en un libro caminante para salvar el pasado, el presente y el futuro de la sufriente familia humana.

La escritura en la academia padece el Mito de Tántalo: se estudia, se analiza, se habla de los escritores; los estudiantes, incluso, se gradúan con trabajos de interpretación sobre obras canónicas, pero, paradójicamente, la escritura de los iniciados, o se minimiza o se ve como un acto vergonzante, condenado a la clandestinidad. Se prefieren los trabajos de grado que sutil o descaradamente son simples fusilamientos de autores, en tanto que la creación personal recibe un guiño desaprobatorio. Con justicia debo decir que la Escuela de Idiomas de la UPTC ha dado un paso adelante en el concenso nacional, aquí los estudiantes sí tienen la opción de graduarse con creación autónoma, de hecho dos exalumnos lo han hecho, con resultados ampliamente satisfactorios y una estudiante está adportas de sustentar su poemario, como trabajo de grado. En contraste, universidades de gran trayectoria escamotean la escritura de sus estudiantes, con el sofisma de que la academia no forma escritores sino investigadores de la literatura, es decir, los séptimos sabios, sin que hasta ahora se sepa cuáles son los otros seis, para recordar con cariño una de las fábulas de Augusto Monterroso.

A manera de epílogo debo manifestar que todas las disciplinas que se han ocupado de estudiar el fenómeno heteróclito del lenguaje, en sus múltiples manifestaciones, tienen valiosos elementos para aportarle a los usuarios, se trata, para usar dos términos familiares de Jakobson, de jugar hábilmente con la selección y la combinación, para no crear en los estudiantes una inteligible Torre de Babel, que no permite, ni develar la metateoría, ni consagrarse a la lectura de obras concretas.

Acercarse a los variados lenguajes que ofrece la modernidad: cine, televisión, música, pintura, arquitectura enriquece el acervo simbólico de quien lee y de quien escribe. Conocer los géneros

canónicos, sin desconocer los géneros discursivos que estudia Bajtin: el habla familiar, la palabra ajena, los mitos y rituales sociales, de igual forma, son fuentes primigenias de amplio espectro. Entrar en territorios de análisis estructural y análisis textual, según propuestas de Barthes, Eco, Todorov, puede ser gratificante, si no se extrema con fatigosas manías y tecniquerías, según dice Borges, recordando a Miguel de Unamuno en su premonitorio texto *La supersticiosa ética del lector*, ensayo que en 1930, se adelantó treinta años a las premisas de la *Estética de la Recepción*, postulada por los hermeneutas de la Escuela de Constanza, en Alemania. Por más

de una razón, Howard Gardner, en su teoría de las inteligencias múltiples, ubica en sitio privilegiado a la inteligencia lingüística y centra en el poeta los atributos, que por igual Chomsky, vislumbró en el uso creador del lenguaje. Los distintivos del creador están dados por su fascinación con el lenguaje, la capacidad de asombro -compartida con el niño y el científico-, la facilidad técnica con las palabras y el thesaurus literario, esto es, el conocimiento y familiaridad con la tradición (paradigmas). Termino con una última pregunta perturbadora: maestro en ejercicio, maestro del futuro: ¿desde cuál de estas ventanas habla usted?

## BIBLIOGRAFIA

Bajtín, Mijail. *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI Editores, 1999.

Buxó, José Pascual. *Las Figuraciones del Sentido. Ensayos de poética semiológica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.

Cortázar, Julio. *Rayuela*. Madrid: Punto de Lectura, 2001.

Eagleton, Terry. *Una Introducción a la Literatura*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1994.

Gardner, Howard. *Estructuras de la mente*. Las teorías de las inteligencias múltiples. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1999.

Lomas, Carlos y Andrés Osoro (compiladores). *El Enfoque comunicativo de la enseñanza de la lengua*. Barcelona: Papeles de Pedagogía, Paidós, 1994.

Neruda, Pablo. *Confieso que he vivido*. Bogotá: Círculo de Lectores, 1974.

Sullá, Enric. *Teoría de la novela. Antología de textos del siglo XX*. Barcelona: Grijalbo/Mondadori, 1996.